

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 222

Sevilla—Viernes 26 de Septiembre de 1902

AÑO XXVI

LA APERTURA DE LAS CORTES

Parece acordado que volverá a funcionar el Parlamento para el último tercio del mes de Octubre; y hasta se supone que el Sr. Sagasta, autorizado por sus compañeros, tiene ya redactado el oportuno decreto para remitirlo a San Sebastián cuando lo estime conveniente, autorización que ha recabado el presidente en espera de las primeras impresiones que obtenga del efecto causado en la corte pontificia de la nota que ha salido del ministerio de Estado para Roma.

Hay también quien supone que obedece a otras causas la retención que hace el presidente, temeroso de que surja cualquiera grave complicación y se encuentre con el conflicto de tener las Cortes reunidas.

Es lo cierto que el Gobierno tiene grandes temores de comparecer ante los fiscales parlamentarios, no sólo por los cargos durísimos que han de dirigirse por olvido completo de sus compromisos, sino por otras cuestiones de índole interior del partido, de la mayoría y aun del mismo Gobierno, minado por profundas disidencias y separado por hondas divisiones, ya en la cuestión religiosa y pedagógica, ya en los pujos descentralizadores de Moret, ya en los alardes financieros del sobrino de Sago del alcaide.

Temen, y temen los ministros con tanta que no to, que el nombramiento de senadores vitalicios, embotellado hace cerca de un año, sea una explosión de disgustos, causa de gran descontento en las huestes fusionistas y de verdadera indisciplina de la mayoría, y que por ahí se vaya el partido y acabe la vida del Gobierno.

Por todas estas cosas guarda cuidadosamente el Sr. Sagasta el decreto, consecuente con su eterno sistema de aplazamientos, y temeroso de que antes de acabar su vida política, próxima a extinguirse, se disuelva su partido, que nació con la famosa fórmula de Alonso Martínez, y que hoy vive en el Gobierno gracias a la acta y a los compromisos contraidos con Canalejas, que han quedado incumplidos, como todo cuanto ha ofrecido el jefe liberal en su larguísima carrera política desde la oposición, y que le ha servido para escalar infinidad de veces la presidencia del Consejo de ministros, con todos los reyes, con todas las formas y con todas las instituciones que le han brindado la dirección de los negocios públicos.

Pero ahora sabe que forzosamente hay que liquidar todas las cuentas y rendir el balance de toda una época de desaciertos, de errores y de torpezas, y siente el frío de la muerte y se resiste a vivir unos días más, hasta que las temperaturas frías le hagan imposible seguir y se sobresea en sus desaciertos por un sentimiento de benevolencia de este pueblo infeliz y por una excesiva complacencia de los representantes parlamentarios, más inclinados a favor del adversario que se va que a dar satisfacciones al país que paga y calla.

Si no afectara al interés público de un modo tan directo el uso y el abuso que desde el poder se hace aquí de todo, sería cosa de reírse y echar a broma este sistema de la política vieja y desacreditada; pero como con ella se comprometen todos los intereses, debemos todos tomarlo muy en serio, protestar enérgicamente hasta conseguir anular la política vieja y acabar con los hombres que la representan, sin hipocresías ni complacientes benevolencias para los que tanto daño han causado a la patria y han hecho burla de la Constitución y de los derechos de los ciudadanos a su capricho.

A. A.

Nota del día

Las golondrinas, como las clases elevadas de la sociedad, tienen también sus ciudades veraniegas.

Es nuestra ciudad, la hermosa y alegre Sevilla, una de las poblaciones por ellas escogida, con tanto amor é insistencia y puntualidad tantas, que, si aquí hubiera cronistas que se ocuparan en estas cosas, podrían anunciar, como se anuncia la luna nueva, el día fijo en el que esas viajeras singulares hacen su entrada triunfal.

Hace ya bastante tiempo, pero no tanto que falten numerosos testigos de lo que vamos a decir, que la llegada de las golondrinas a Sevilla era vista y celebrada por los transeúntes de la calle Reyes Católicos, en donde bajo las repisas de sus edificios señoriales, colgaban sus nidos desde que la piqueta revolucionaria les echó abajo la antigua Puerta de Triana, que fuera su antiquísima mansión.

Urbanizada del todo la calle susodicha, el Municipio sevillano se llevó, durante dos lustros, sembrando y arrancando los árboles del arceife, hasta que, no se sabe por qué circunstancias, cesó en aquel tejer y destejer, y dejó los últimos que pusieran.

Los arbolitos pequeños, aquellas estaquitas débiles como juncos que viéramos plantar y florecer en primavera, como ganosas de merecer en el ambiente puro, buscando el cielo azul, se han hecho ya todos unos señores árboles, cuya sombra cariñosa preserva en el estío al viandante de los ardorosos rayos del sol canicular.

Pues bien; en ellos, en sus copas cimbradoras, sobre las ramas que se alzan en el espacio ganosas siempre de subir y subir, las golondrinas colgaron sus nidos; y abandonando las repisas de los edificios, en donde eran cazadas por la pillería trashumante, se trasladaron allí...

Uno de los árboles, es tal el enjambre de pajarillos que tienen allí su habitación, que ya ha logrado fijar la atención de esos otros pajarillos que se llaman niños en la tierra, llamándose —por boca de ellos hablamos— el árbol de los pajarillos.

Múltiple de veces paso por allí y contemplo a los chiquillos embobados mirando y oyendo a aquella colonia alada y parlanchina, revolverse, jugar, saltando de esta a la otra rama entre infernal algarabía de trinos inarmónicos, pero que alegran y llaman la atención de la juventud.

Es el árbol de los pajarillos una nota tan simpática, que si la Giralda nos hace levantar la vista al cielo por su grandeza y esbeltez, no menos admiración y alegría sentimos cuando oímos a aquellos pajarillos escandalosos atronar los aires con sus gorjeos y mover las ramas con su inquietud.

Ya ha entrado el Otoño.

Todavía suena la música halagadora sobre las ramas marchitas, pero... va cesando, va apagándose ya.

Por cada rama que se deshoja se va una familia.

Pronto vendrán las ráfagas huracanadas batiendo las habitaciones, y con ellas se irán los más remisos pajarillos, ¡quién sabe si los más viejos, los que ya sienten temor, los que ya no pueden soportar las fatigas de la marcha, ni acompañar a la loca juventud en las alegrías del viaje que al África los habrá de conducir!

Y quedará el arbolito solo, desnudo de galas, triste, sin su alegre compañía, aguardando la primavera que habrá de llegar.

Pasaremos por allí y le miraremos con envidia.

Volverán, volverán hasta él otra vez el verdor, la nueva sangre y la nueva familia.

Para nosotros... ¡vaya usted a saber!

El se renueva de una manera incansante.

Nosotros, de manera incansante también, nos renovamos, pero al revés.

Por algo, del tronco nuestro, no sale más que tierra.

Y del tronco del árbol, lo mismo puede salir la cuna que el ataúd.

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

Murmuraciones

El Gobierno pasa ahora por un trance difícilísimo.

Tiene que cubrir varias senadurías vacantes, por ejemplo, doce, y se le presentan doscientos candidatos, el que menos con recomendación del Papa.

—¿Qué hacer?—dice el ministro de la Gobernación.

Y le contesta Sagasta:

—Déjelo para mañana. Estudiaremos la cuestión y ya se resolverá a gusto de todos.

Entre los candidatos a senadores vitalicios los hay desde los que tienen una peseta hasta los que son muy ricos y no pagan contribución.

Los más de ellos son gente que tiene cuenta corriente con la Justicia y por ese medio se ponen a salvo de caer en sus garras.

Porque ustedes no ignorarán que una cuarta parte de nuestros inmunes andan siempre huyendo del Juzgado de guardia.

En San Sebastián, residencia real, ha habido, y hay aún, temporal espantoso.

Los inviolables é indiscutibles no se han atrevido a salir del palacio para resguardar sus augustas personas de una caída ó de una fuerte mojadura.

¡No quiero poner en vilo su buen sueldo!

Ha escrito de Bádén-Bádén nuestro Marqués de Paradás diciéndole a los amigos que pronto vendrá hacia casa un poquito reformado de la enfermedad lila que le viene maltratando desde las Pascuas pasadas.

Aconseja a los catorce peones de confianza que se arreglen como puedan, porque él da por aprobadas todas las resoluciones si molestias no le causan.

Sigue, pues, en Bádén-Bádén una buena temporada, y luego irá a Bélen-Bélen, que es el sitio que le encanta.

Es mucha verdad aquella que dice: *Nadie es profeta en su tierra y si quieres que te arañen, entra en tu casa.*

Eso les ha sucedido a los hermanos Quintero, autores cómicos de gran valía, y ¡lo que es más extraño!—de sentido común.

Han venido a Sevilla, sin duda solicitados—aunque ellos no lo necesitan para venir aquí—con motivo de estar actuando la compañía de Lara en el teatro de San Fernando, y, como en el teatro, que es la vida, todo es objeto de explotación, ha entrado en los cálculos de la Compañía explotarlos a ellos con motivo de la representación de sus obras.

A bombo y platillos fueron siempre recibidos los jóvenes autores, y la prensa misma que hoy les trata con desdén los elevó al quinto cielo con motivos fútiles, que a ellos mismos les causara admiración.

Hoy llegan con una reputación consolidada y veinte obras escritas y aplaudidas... y hoy, esa misma prensa que a diario hace genios en este baratillo literario con gacetas que merecen cadena perpetua por lo menos, porque de cualquier buen peón de albañil hacen un mal escritor con sus alabanzas; hoy, que puede decirse que los hermanos Quintero son los dos autorcitos que menos disparates dicen, que mejor castellano hablan, que menos indecencias exhiben y que más caudal de gracia atesoran, hoy... casi no valen, casi no se pueden sufrir, casi son pasables...

¡Mecachis, qué cosas más raras suceden!

—¿Va usted a hacernos creer que son unos genios?

No señor: en todo caso, si yo pretendiera defenderlos a ellos, que no lo necesitan, lo que diría es que son los mejores autores cómicos que tenemos, dejando a un lado a Ramos Carrión y a Vital.

Y que, como aquéllos y como todos los que a escribir se dedican, hacen cosas buenas y menos buenas.

¿Que pecan de inocentes?

Como la sociedad.

¿Que no hacen más que escenas sevillanas?

Pues gracias a ellos nos conocen ya por ahí, si no como somos, algo aproximados por cierto, y muchas veces de verdad.

Llevo veinte años oyendo alabar, a los mismos que critican a los Quintero, la gracia burda de Taboada, con sus granos como búcaros y demás patoserías, y no se cansan jamás.

Y estos autores, de escuela escénica inimitable, de chistes de rebusco—como dicen los críticos, cual si el rebusco no fuera un trabajo digno de aplausos—y de ilustración verdadera, sana y sin longanizas de erudición... ya no aciertan porque cobran trimestres muy crecidos.

¡Y todo, por imitar a los críticos madrileños, incapaces de hacer nada que pueda merecer la aprobación del monstruo de cien mil cabezas!

No es verdad que Bombita se retire del torero, como decían los telegramas de ayer.

La cosa fue... un reclamo oportunísimo, hecho con su *maja* de intención.

Y es claro que, no retirándose Bombita del torero, no son tantas las desgracias de que tenemos que lamentarnos.

Hay una menos.

Y ahora que nos ocupamos en toreros os referiré un suceso acaecido en Córdoba con el celebrado exmatador Guerrita.

Cuéntase que dicho héroe hubo de agredir de palabras a varios cordobeses que estaban presenciando un trato, y como aquéllos le contestaran en el mismo tono, un hermano del exmatador se enredó a estacazos con ellos, dejándolos mal parados.

Hasta aquí el suceso no reviste otra importancia que la de una riña vulgar.

Pero es el caso que la policía cordobesa llevó al herido, ó a los heridos, a la casa de socorros para que fueran curados, y al exmatador y a su hermano los dejó en completa libertad, sin molestarles siquiera con una mala pregunta.

Dice la prensa de la Corte que por qué motivo ha de suceder eso, y contesta el matador que él es quien es y su hermano es hermano suyo, y en Córdoba no hay quien les tosa.

Ahora sí que merece el título de Guerrita I, baja de Córdoba.

¡Dejó de torear el hombre a los toros para dedicarse a torear a la Justicia cordobesa!

Abierto el testamento de la reina de Bélgica, hemos venido en conocimiento de que:

Los doce caballos que tenía—nada más que doce—se los lega al barón Soffinet, las alhajas a sus ahijados y un relicario a un cura.

Saber esto y resfriarnos enseguida, todo fue uno.

¡Qué cosas averigua la curiosidad humana!

El distinguido escritor que se firma *Erasmus* está publicando unos curiosos artículos ocupándose en el Concordato.

Hablando de los Cabildos de las Catedrales, escribe:

«Y todo para qué? Pues para mantener en la más plácida de las holganzas a cincuenta clérigos por catedral, que se pasan la vida en disputas, rencillas, envidias y chismes de sacristía, en una misión estéril para ellos y para la sociedad que los mantiene. Los Cabildos catedrales están siempre divididos en dos ó tres bandos que se persiguen mutuamente con ferocidad inaudita.

Los canónigos son un clero de lujo completamente inútiles.

Y el esplendor del culto, dirá alguno, ¿dónde lo dejamos? ¡Ah, el esplendor del culto! Es verdad. Giren una visita a las catedrales los que así hablan y verán las solemnidades de culto que encuentran. Todo pobre, mezquino, irreverente y atropellado. El coro medio vacío, los canónigos charlando y fumando por los claustros. Y esta fastuosidad nos cuesta al año millones de pesetas.»

Y disgustos en las familias.

Porque las beatas jamonas, en cuanto llega la hora de visperas, tiran la aguja y lo dejan todo por enmedio y se van a toda prisa a echar un rato a canónigos.

Y luego llega el marido civil y se entera de que, por haber estado con el marido canónigo, está la casa desatendida, la criada ocupada con el novio en la escalera y los chiquillos rompiendo todos los trastos que no están rotos.

Este otro párrafo también es del mismo escritor:

«De los obispos pasamos a las catedrales. En España tenemos muchos templos que llevan este nombre y que en justicia no lo merecen. Porque no son *catedra* de nada, ni de ciencia, ni de buenas costumbres. La mayoría son un montón informe de piedras derruidas, que no evocan el menor recuerdo histórico, ni religioso, y cuyo valor arquitectónico es muy discutible. Algunas, que eran riquísimos fragmentos del estilo bizantino puro y del ojival florido, han sido bárbaramente destruidas por obra y gracia de varios obispos ignorantes que en ellas pusieron sus manos pecadoras y que en materia de arqueología sacra estaban a cero.»

¡Vaya si tiene razón!

Yo recuerdo haber visto la Catedral de Córdoba, en la nave central, todos los frisos y azulejadas blanqueadas al estilo del Matadero de Sevilla, con calamocho barata.

Hube de preguntar—¿de esto hace tiempo! hoy no sé cómo estará—por qué hicieron aquella profanación, y me contestaron que para cubrir las inscripciones árabes que ostentaban, y que los canónigos no entendían, pero que, como mezquita árabe, ya se figuraban ellos que no dirían nada bueno.

He oído quejarse a varios políticos sevillanos de los más serios en su clase, de la insistencia con que los reporters de la prensa noticiara los acechan para que éstos les den noticias del movimiento político local.

¿Se ha recibido carta del Marqués de Paradás?

¿Se sabe si ayer tuvo calenturas?

¿Cree usted que los señores Borbolla y Atien-

za se darán un abrazo y un beso por orden de Moret?

Y los hombres se ven precisados á imponer á los reporters de todas esas vulgaridades con que llenan las columnas, con esta carta que viene y con aquella carta que va.

Afortunadamente los Coros Clavé están al venir, y ellos darán amenidad á esta prensa ñoña, que nos contará el número de cantores, las alpagatas que usan y los pasos que darán.

pietari-, derecho que sostenga todo esto, ¿qué es sino el pedazo de percalina e nombre del cual se nos evoca á la humillante servidumbre, al hambre y á la guerra?

CLAUDIO FROLLO.

De actualidad

El Herald, ocupándose del próximo traslado de los restos de Peral al Panteón de marinos ilustres, considérale uno de los primeros hombres del siglo XIX, enalteciéndole por su arrojo y patriotismo.

Recuerda las pruebas del submarino y entusiasmos que provocó.

Las ingratitudes de los gobiernos, las envidias y los trabajos, desengaños y vicisitudes, adelantaron la muerte.

Termina diciendo que el mejor modo de honrar su memoria será facilitar el ingreso en la Marina de los huérfanos de Peral.

San Petersburgo.—Ha sido descubierto un atentado contra el Czar.

Encontráronse arrancados los tornillos que sujetan la línea férrea, apesar de hallarse resguardada con doble fila de soldados.

El Czar hallábase advertido y suspendió el viaje.

Valladolid.—Celebróse el banquete de los congresistas agrícolas.

Hubo brindis entusiastas.

El Gobernador de Barcelona ha manifestado que en virtud de la llegada de fuerzas de seguridad y benemérita aconsejará al Gobierno que se restablezca la normalidad.

Tánger.—Un moro agredió de una pedrada al médico español Gamir, causándole una herida grave en la frente.

El motivo fué que Gamir apartó el boricario que conducía el moro y le estorbaba el paso.

El moro, después de la agresión, refugióse en la mezquita.

Sacáronle á la fuerza los soldados de la Legación de España, y está encarcelado.

Han comenzado en Colonia las sesiones de la asamblea internacional de protección legal de las obreras.

Están representadas la mayoría de las naciones.

Marcharon á Córdoba y Sevilla 600 orfeonistas de Clavé para los festivales anunciados.

Barcelona.—La lluvia ha deslucido las fiestas de la Merced.

En San Sebastián hay un temporalazo: las olas asaltaron la Zurriola, inundando el paseo.

Salisbury se encuentra completamente restablecido.

Un telegrama de Seoul asegura que ha fallecido el emperador de Corea, temiéndose que la sucesión ocasiona graves complicaciones.

Málaga.—El Duque de los Abruzzos marchó á Spezia.

Manifestó sentimiento por no visitar á Cádiz.

En Tenerife hay agitación por el rumor sobre supresión del obispado.

El Ayuntamiento acordó dirigir protesta al Gobierno, calificándolo de despojo.

Murcia.—Prepárase á Canalejas entusiasta recibimiento: varios banquetes.

París.—El Consejo acordó abrir las Cámaras el 13 de Octubre.

A fines de mes habrá concurso de tiro en la guarnición de San Sebastián.

Háblase de que anticipará su regreso la Corte.

Los consejeros del Banco ausentes regresarán mañana para asistir á la reunión de por la tarde y resolver las cuestiones de los cambios y sucursales.

El Español supone que al regreso del rey Sagasta le expondrá el programa del Gobierno para durante el invierno, detallando los proyectos preparados é indicando la probabilidad de que él abandone la Presidencia por breve temporada.

Añade que después de oír el rey las explicaciones de Sagasta se resolverá la fecha de apertura de las Cortes; caso de que no vinieran otros acontecimientos.

Esta madrugada en Barcelona, en la estación del Norte, promovieron un motín numerosos viajeros que querían regresar á Sabadell.

Bargés ordenó se les pusiera un tren especial.

En la inauguración del Museo de Arte antiguo, el Alcalde y el diputado Forgas pretendieron hacer discursos en catalán.

Las autoridades invitadas anunciaron que se retirarían.

El general Castelví ordenó que hablaran en castellano.

Mañana regresa Weyler para asistir al Consejo de ministros.

Este se ocupará de asuntos administrativos.

Estudiará las líneas generales de los proyectos de reforma provincial y municipal, que se separan de los que presentó González en el Senado.

El Correo en sueto oficioso apunta la probabilidad de que se provean todas las senadurías vitalicias en candidaturas liberales, alegando la necesidad de ponderación de fuerzas.

Sección religioso-escandalosa

COFRADIAS Y COFRADES

REMITIDO

«Sr. Director de EL BALUARTE.

Muy señor mío: No me estraña que el célebre sujeto Manuel Rey Sánchez insertara en las columnas de su ilustrado periódico del día 24 un artículo donde quiere dar á entender al público que ha sido un fiel administrador de la hermandad, cuando tengo las pruebas, no solo á disposición de la justicia, sino del público en general, de haber cometido el Rey Sánchez un desfalco de 277 pesetas y haber cobrado de don Manuel Martín la suma de 987 pesetas, de la localidad que vendió á espaldas de la hermandad; y si no es cierto, Sr. Director, lo que vengo relatando de este asunto, ha debido el Rey Sánchez llevarme al terreno del honor, puesto que la justicia de este desgraciado país gasta tanta calma para reducir á prisión á los que abusan de la confianza de las corporaciones.

Repito y repetiré siempre, y muy alto, que Manuel Rey Sánchez desfalcó á la Hermandad de La Cena mientras fué mayordomo, y si esto no es verdad, ya sabe este caballerito el camino que debe emplear.

En cuanto al asunto de la Alameda de Hércules, afortunadamente tiene la señal en la frente de su valentía y arrojo.

Manifestar al público que estoy procesado, no es más que una venganza que toma del que he hecho público la mancha tan grande que un hombre echa sobre su honor al cometer un desfalco; pues quien tenga interés en este asunto, tiene la prueba de que no es cierto el estar procesado con indagarlo en el juzgado.

No pienso, Sr. Director, molestar más su delicada atención, y si, por última vez, le ruego dé cabida á las presentes líneas en su ilustrado periódico, por lo que da gracias anticipadas su muy atento y seguro servidor q. b. s. m.,

E. MAIS DE PAZOS.

Su casa, Azafrán 22.

Sevilla 25 de Septiembre de 1902.

¡Esas... esas son las cofradías, y esos son los cofrades!...

Palabra de honor: nos estamos bañando en agua de rosas al ver descubiertos por ellos mismos los escandalosos negocios que se hacen en Sevilla con Cristo Padre, Cristo Hijo y Cristo Espíritu Santo.

EL DESTINO

Era un día de crisis terrible para mí. El estómago pedía con apremio la dimisión del orgullo, y el orgullo, erre que erre, camino adelante sin volver atrás los ojos para cerciorarse de que mi organismo no podía ya seguirle.

A partir de este momento, la lucha duró poco. Cuatro ideas siniestras que pasan sin imprimir huella, algo de vacilación después... ¡y al fin!...

Aquella noche entré en la taberna, como colegial atontado que pisa por primera vez salones de cortesana.

Tropezando aquí, ganándome más allá una interjección por mi torpeza, escudriñando anhelante un rincón oscuro donde no se advierte la pulcritud de mi traje ni el brillar de mis puños lustrosos, desoñado de aquella primera jornada en un banquillo, delante de una mesa que denunciaba al oífato la calidad de los guisos.

Cien rostros de obreros, de vendedores ambulantes, de sirvientes y mendigos, volvíanse á mí, y entre mascullo y mascullo, las bocas murmuraban algo que hería el alma sin pasar por los oídos.

—¡Mira al señoritingol... ¡Mejor empuñara el traje para atender al estómago!—dijeron.

O tal vez no. ¿Por qué hemos de creer que los desgraciados gozan con el infortunio ajeno?

El chico de la taberna apoyó sus manos sucias

en el borde de la mesa, miróme con malicia ó imbecilidad—que esto no pude adivinarlo—y escuchó sonriendo mi petición. ¡Y cómo se complacía el granuja trayendo en alto, al volver desde el mostrador hasta mí, la olla del conocido!

Satisfecha la curiosidad, agotada la crítica piadosa ó cruel, los comensales continuaron su tarea, sin preocuparse poco ni mucho de un nuevo parroquiano que otravesaba el comedor con paso procesional, majestuoso casi, y que vino á sentarse frente por frente al sitio que yo ocupaba.

Nadie levantó la cabeza. Sin duda estaban cansados de examinarle en todos sus aspectos.

¿Quién era?... ¡Y á mí qué!

D. Juan sinnombre, con chaleco blanco, pantalón á rayas, chaqué abrigado por el uso y sombrero de paja amarillento.

Sirviéronle un tazón de caldo; sacó el hombre, deshaciendo un cucuruchó, un panecillo de Viena, y fué desmenzando reposadamente con sus manos blancas y rugosas, verdaderas manos de señor venido á menos. Después, como quien oprime nervioso el botón de un timbre cuando el ayuda de cámara no se presenta al primer llamamiento, repicoteó en la copa con el cuchillo.

El buen anciano de blanca y luenga barba, mirar sereno y voz imperiosa, comenzó á figurarseme un tipo de estudio.

Nuestras miradas se cruzaron. El sonrió como quien saluda á un conocido después de larga ausencia y yo seguí mirándole fijamente con la respetuosa atención del que se dispone á escuchar una historia.

Aquellos ojos grises sin expresión definida, me hablaban. Quise evitar la influencia sugestiva, pero el ambiente y los flaqueos de mi voluntad completaron la labor del misterioso personaje.

Por la frente lustrosa del viejo iban pasando, con rapidez cinematográfica, las escenas de toda una vida y los ojos se expresaban así:

«Ya sé quién eres; no necesito preguntártelo, porque leo en tu cara el dolor de la primera derrota. ¡Pobre niño! Como tú vine á la corte, trayendo por todo bagaje un montón de lecturas de ordenadas, un puñado de ilusiones y un pequeña provisión de alientos y energías. ¡Como me animaba la gente del pueblo... todos el tren!—¡Eh, tú, que te acuerdes de mí!—¡A trabajar, muchacho, que el mundo es muy duro!—Que no me muera sin verte aunque sea ministro.

Y más tarde, en las cartas, el mismo decir, e consejo de siempre y la misma frase:—¡Adelante, muchacho!

¿Para qué relatarte la peregrinación angustiosa, el *via crucis*, que ni aun la recompensa de un Calvario tiene? Hoy en la oficina, mañana en el periódico, después en el estudio, dejando aquí una esperanza, más allá una idea, un pedazo de vida, un girón de felicidad.

Así transcurrió este año, el venidero, el siguiente, y las fuerzas agotándose y la voz de los amigos del pueblo, cada vez menos entusiasta, contestando á mis lamentaciones con el ¡adelante! monótono, y en no pocas ocasiones sarcástico.

Una noche, también como tú ahora, vencido, triste, maldiciendo ingratitudes é ignorando el ritual de los *sablistas*, aquí entré y aquí estoy, bebiendo sorbo á sorbo mi tazón de caldo, lo mismo que hace treinta años.

Ya ves que vivo tranquilo, sin aspiraciones ni envidias. De tarde en tarde vienen á mi memoria recuerdos de días mejores, pero *aquello* pasó. ¡Qué hemos de hacerle!

Por estas mesas han desfilaro muchos como tú. Ya te conozco; vienes á darme compañía. ¡Dios te lo pague!

No leí más en los ojos ni en la frente del anciano.

Recorrió mi vista los grupos de gente amontonada alrededor de las mesas, y algo debió decirme semejante cuando los ojos del viejo se animaron con resplandores de intensa alegría.

—Anda, prueba; ahí los tienes. Dudas, ¿verdad?... ¿Te acobardas?... Peor para tí. Yo, al fin y á la postre, nada pierdo. En cambio, me harás compañía.

Hé ahí un mundo viejo en que aún no se han extinguido los volcanes, pensó.

Y salió de la taberna, como quien huye cobardemente del peligro, jurando no poner de nuevo los pies en ella.

—¿Y cumples tu promesa?—pregunté al amigo cuando terminó de relatarme el episodio.

—No lo sé—respondió distraídamente.—A la vuelta de unos años tendrás la contestación.

M. DELGADO BARRETO

Noticias locales

AYUNTAMIENTO

COMISION DE ASUNTOS JURIDICOS

Presidió el señor Llach y asistieron los vocales señores Centeno, Dutoit, Castillo, Ayala y Delgado.

Se dió cuenta del expediente relativo á la subasta del fruto de los naranjos correspondientes á los jardines y paseos públicos, acordándose quedase ocho días sobre la mesa para estudiarse.

Se aprobó el expediente sobre abono de haberes devengados y no percibidos por el guardia municipal de la primera compañía, José Ruiz Valcarcel.

EL TRABAJADOR EN GIBRALTAR

En redactor de El Liberal de Madrid, uno de los redactores más prestigiosos y más autorizados de ese Liberal, Vicenti, acaba de escribir en su periódico lo siguiente, que á otros parecerá tremendo y me parece á mí muy natural y muy sencillo párrafo:

«Ocho mil obreros trabajan en Gibraltar; alegra verles entrar, apena verles salir.

En Algeciras sufren dos minuciosos cacheos por los carabineros, que les quitan las pequeñeces que traen y que solo importan algunos céntimos.

Los ingleses les dan todo género de facilidades; nosotros les oprimimos; estas son las mejores baterías inglesas emplazadas, moral y materialmente, en nuestro territorio.»

El «patriota» se indignará tras de leer esto. ¿De modo que hay hombres, hombres de España, hombres de Pelayo, hombres del Cid, que viven del legendario oro inglés, sin que sus mejillas se enrojezcan, sin que su corazón palpite de ira, sin que lata, todo rabia, su sangre? ¿De suerte que no tenemos la tremenda desgracia de que aquí hubiera Moratines afrancesados por lógica, sino que también padecemos—y esta es peor—la de que hombres incultos se *inglesen* por el sentimiento? ¿Y la fiereza española? ¿Y nuestro instinto independiente? ¿Y nuestro patriotismo?

Perdóname el burgués. El *afincado* tiene pueblo y tiene patria. Llámase el patrimonio, llámase el latifundio, denominase la renta saneada, significase, si lo queréis así, en el comercio lujoso y aun en el humilde establecimiento. Este hombre hace al patriota. Pero el *sans culotte* es forzosamente el *sans patrie*. ¿Cuál es tu patria, obrero? ¿Cuál es mi patria, periodista nómade? Los sin ventura y sin fortuna no tenemos más patria que el ruto, pero preciso alimento de vino, de carne y de pan. ¿No lo dan en España, el solar que se quiere? ¿Se ofrece de Inglaterra, el solar que odia alguno? Tómase el pan donde lo haya. Lo primero es vivir; lo preciso es vivir; lo hermosamente, tristemente preciso, es comer, para vivir, para gozar, para «ir tirando», ir riendo, ir padeciendo...

Este es el patriotismo. *Guzmán el Bueno* entregando á un hijo de su alma en aras del Estado me parece un infame. Y disculpo al espía que hace traición por que sus hijos coman.

¡Que Inglaterra, ó que Alemania, ó que X nos absorberá! ¡Quién duda eso! La vida fuerte se hace ama de la débil. El sabio se apodera del tonto. El *rosbeaf* inglés, ¿no ha de poder con el *ajo* andaluz?

Hé aquí toda la noción del patriotismo, caballeros.

La prole que pide pan, ¿no es mucho más que una bandera roja y gualda pidiendo abnegación?

Ni nos asombremos ni nos hagamos ascos. Yo no sé inglés. Súpiéralo, díeránme en ese «odiado» Gibraltar ventajas periodísticas que pudiera traducir en aumento de *confort* para mi prole, y allá me irá, á entrar en el *Peñón* como los obreros, muy contento, y á salir triste, como ellos, á aquel gibraltareño campo, cercano de mi puerto gaditano, mi patria por casualidad, donde tuve mis padres, donde tuve con mi primer amor mi primer hijo, mas donde no encontré el pedazo de pan que otros puntos exóticos me hayan proporcionado.

La patria: toda es para el poseedor; que el sitio donde se domina, eso es la patria. Para los demás que no tenemos y sufrimos: la bandera que significa derecho patrimonial, derecho pro-